

ve repetida en la boca de un magistrado?  
DILLÓN. ¡Bárbaro! ¿Sois padre, y os atrevéis á suponer ese delito?

LORD. ¡Suponerle! Miserable... ¡Tuvisteis un testigo!

TODOS. ¡Un testigo!

LORD. (*Señalando á Dermod.*) ¡Hele aquí!

TODOS. ¡Dermod!

DILLÓN y ED. ¡Impostor!

MAUR. (*Apartando á todo el mundo.*) Esperad... Sí, sí... Toma, cierto, el señor estaba... Me acuerdo de su vestido... le conozco... Ayer noche le ví detrás de la verja... Todavía estaba allí cuando el señor Dillón salió del pabellón.

ED. ¿Qué dices?

LORD. Da testimonio.

MAUR. Sí, señor; y el señor, que lo ha visto todo, puede decir lo mismo que yo cómo ha pasado.

DILLÓN. (*A Dermod.*) ¡Ah! ¡Si eso es cierto, caballero... Si fuisteis el amigo de mi desdichado hijo, debéis tener compasión de su padre! ¡En nombre del cielo decid la verdad!

DERM. Oidla, pues. A las nueve salí del templo, donde se esperaba ya á vuestro hijo, y me dirigí á esta casa para llevarle conmigo y conducirlo al altar. Llego y oigo á lo lejos gritos y gemidos. Empiezan á agitarme horrorosos presentimientos... Acudo temblando, y apenas llego á la verja, cuando oigo resonar las voces de muerte y asesinato. Entro. La señora y su hija aparecen y se precipitan hacia ese pabellón; dirijo yo también mis miradas hacia él, y veo salir á Dillón trémulo, pálido, desfigurado: á su aspecto todo el mundo se detiene; y la señora, adivinando en sus facciones el crimen que acaba de cometer, exclama: «¡Mi hijo ya no existe!» Asombrado entonces de tantos horrores, me apresuré á alejarme de esta guarida del crimen, creyendo que el cielo y que los hombres me mandaban reclamar la venganza: juro no haber dicho una sola palabra que no sea verdad.

ED. ¡Miserable! La calumnia más atroz no sería tan funesta como tu pérfida verdad. (*Dillón y su mujer se quedan anonadados.*)

LORD. ¿Qué podéis responder á eso?

DILLÓN. Nada, señor.

ISAB. (*Precipitándose en los brazos de su padre.*) ¡Padre mío! ¿Os dejáis acusar por ese monstruo? ¡Ah! Todos somos testigos de que adorabais en mi hermano.

JORGE, MAR. y MAUR. Sí, sí, señor, todos.

ED. Milord, no podéis insistir en tan espantosa acusación; la naturaleza os lo prohíbe, y ultrajáis al cielo si no la desecháis. ¡Hacéis á los hombres más feroces que los mismos monstruos de las selvas! ¡Ama el tigre los frutos de su amor, y un padre los degollaría! ¡Una madre dejaría destrozar el hijo que ha criado en su seno! ¡Una madre, y la más cariñosa, la más respetable! ¿Será posible? Sesenta años de virtudes nunca desmentidas, la más inalterable dulzura, el amor de padre más puro, el más ardiente, ¿no serán bastantes á librar á un hombre de una sospecha que ultraja á la humanidad, y cuya verdad, si fuese posible, trastornaría el orden de la naturaleza? No, no es posible... Vos mismo no lo creéis. No podéis creerlo... Ningún magistrado admite semejante delito.

ANA. ¡Ah, señor, desechad tan horrible calumnia!

(Toda la familia y los criados tienden sus manos hacia el lord diputado.)

LORD. Nada puedo escuchar, ni menos separarme de mi deber. Sois acusado, los hechos hablan; podéis defenderos en los tribunales. (*A su séquito.*) Asegúrese al señor y á su familia, y que se traslade el cuerpo de la víctima á las casas consistoriales.

ANA. ¡Santo Dios!

ISAB. ¡Padre mío!

JORGE, MAR. y MAUR. (*Echándose á los pies del magistrado.*) Señor, ¡piedad!

LORD. (*A los suyos.*) Obedeced.

(Los tres criados se levantan sumidos en la más profunda aflicción. Un juez, varios soldados y otras personas entran en el gabinete. Dillón se ve al mismo tiempo rodeado de soldados que deben conducirlo.)

DILLÓN. Querida esposa, hija mía, soy inocente. Tranquilizaos sobre mi suerte. Dios no permitirá que el justo sucumba: empero si tal fuese su voluntad... ¡ah! sólo le pido que aparte de vosotras esta prueba cruel. (*Las dos se deshacen en lágrimas.*) Amado Eduardo, ¿vendréis á defenderme?

ED. Yo juro perecer con vos, ó justificaros.

(El lord diputado y cuantos le acompañan salen. Dillón se coloca él mismo entre sus guardias, y sale echando sobre su familia miradas llenas de amargura y de dolor. Su mujer quiere dar algunos pasos para seguir á su esposo, pero al mismo tiempo el juez y los soldados que entraron en el gabinete salen de él: siguen los dos hombres que llevan el cadáver. A semejante vista Ana exhala un grito de dolor apartando la vista, y el telón cae en el momento en que los mozos salen del gabinete, y antes que el cuerpo del joven Dillón ofenda la vista de los espectadores.)



### ACTO TERCERO

El teatro representa una gran sala de la casa municipal de Dublín: tres grandes puertas vidrieras de arriba abajo, y de vidrios de colores, cierran el fondo de la sala. Al fin del acto, y en el instante en que Dillón es conducido al suplicio, se abren estas tres puertas, dejando ver una plaza pública, y enfrente la torre de una iglesia. A derecha é izquierda de los segundos á los terceros bastidores dos grandes puertas de dos hojas, una enfrente de otra, adornadas según el gusto del tiempo, y hasta las cuales se sube por dos ó tres escalones. En la de la izquierda del actor dirá una inscripción: SALA DEL CRIMEN; en la otra: SALA DEL CONSEJO. Algunos sillones antiguos.

#### ESCENA PRIMERA

EDUARDO, DERMOD. (Dermod sale precipitadamente de la sala del crimen, y al parecer trata de huir. Eduardo sale detrás de él.)

ED. Deteneos, caballero; deteneos, os digo.

DERM. ¿Con qué derecho me seguís?

ED. Habéis de oirme á vuestro pesar. Aquí, y en todas partes, solo, y en presencia de mil testigos, no podréis libertaros de la verdad. ¡En ninguna parte podréis evitar

la maldición de una familia inocente que vais á llevar al cadalso!

DERM. Caballero, ¿esa es una acusación que intentáis contra mí? ¿Ignoráis que al dirigirme esos insultos ultrajáis también la majestad del tribunal cuya sentencia no tardará en justificar mi conducta, condenando vuestros arrebatos?

ED. ¿Y sobre qué pruebas pudiera nunca ese tribunal emitir tan horrible sentencia, si vos con la más horrenda y execrable acusación... si vos con vuestro sacrílego juramento no hubieseis obligado á los jueces á condenar sin poder, sin osar siquiera consultar su propia conciencia? ¿Podrían nunca las leyes más sabias llegar á ser armas homicidas, si no hubiese monstruos, como vos, que se atreviesen á extraviar, á

engañar, á sorprender á la misma justicia? Habéis jurado descaradamente á la faz de Dios decir la verdad; he visto empalidecer á los mismos magistrados; y vos, desdichado, ¡habéis podido atestiguar entre tanto sin horrorizaros que un padre había degollado en vuestra misma presencia á un hijo que adoraba! ¡Ah! Si vuestro perjurio no ha provocado contra vuestra cabeza mil rayos vengadores, si la tierra asombrada de soportar vuestro infando peso no ha temblado ni ha entreabierto sus profundos abismos debajo de vuestros pies, reconoced en eso mismo la infinita clemencia del Todopoderoso, que le deja á vuestro arrepentimiento tiempo para enmendar el más horrendo delito.

DERM. ¡Esto ya es demasiado!

ED. ¡Ah! Yo no soy dueño ya de mi desesperación. (*Tomando un tono de súplica.*) Escuchadme, estamos solos: bien podéis entenderme sin ruborizaros. Dillón es inocente, y vos lo sabéis... Yo leo en vuestra frente que no lo dudáis. ¡Pues bien! Confíadme la causa de vuestro odio: ¿qué injurias habéis recibido de esos desgraciados? Yo os indemnizaré. ¡Os han perjudicado en vuestro honor, en vuestros intereses! Yo comprometo todos mis bienes, os entrego cuanto poseo, y os juro además guardaros eternamente el secreto. ¿Os turbáis? ¡Ah! seguid, seguid sin vacilar la voz de vuestra conciencia. Venid á retractaros de vuestra culpable declaración: detened á la muerte que va á segar ya á un anciano, y la sangre del inocente no recaerá sobre vuestra cabeza, ni pedirá la vuestra en el día del juicio terrible... Y yo os colmaré de riquezas, yo os ahorraré los horrores de un crimen, sus crueles remordimientos, y ¿quién sabe si la próxima venganza de los hombres?... Venid, venid... Triunfen por fin la justicia y la humanidad. (*Trata de arrastrarle.*)

DERM. (*Desasiéndose de sus manos.*) ¿Qué osáis proponerme? ¡Yo comparecer ante el tribunal para justificar á Dillón! Si vuelvo á su presencia, temblad vos mismo, será para añadir á las demás pruebas la que me presentan las ofertas criminales que os atrevéis á hacerme.

ED. ¿Es decir, que en tu alma no hallan cabida los remordimientos, es inaccesible al terror que experimentan los más empedernidos delincuentes?

DERM. Nada tengo que temer; el lord diputado está convencido.

ED. ¡Ah! monstruo... Bien sabías que no podía dejar de estarlo.

DERM. ¿Acusáis al primer magistrado?

ED. No acuso más que á tí; ¡y te acuso delante de Dios! Puesto que nada puede contenerte en la senda del crimen, puesto que, obcecado por tu infernal rencor, no conoces que el abismo donde vas á sepultar á Dillón no volverá á cerrarse sino después de haberte tragado á tí también, anda, desdichado, corre á precipitarte en él. Pero oye el juramento que hago. Si el padre de mi esposa llega á subir al cadalso, ni las entrañas de la tierra te podrán esconder de mi venganza, y tu sangre, toda tu sangre, sí, me responderá de la sangre inocente derramada.

DERM. Corro á denunciaros.

ED. (*Arrastrándole hacia la sala del crimen.*) Vé en buen hora, miserable; llega... (*Las puertas se abren estrepitosamente: aparecen dos ministros.*) ¡Dios mío! (*Eduardo y Dermod se detienen; sale un juez del tribunal.*)

## ESCENA II

Dichos, el ASESOR, poco después JORGE, MARÍA y soldados.

AS. La causa se ha terminado, y los jueces van á pasar al consejo: mandad que se abran las galerías.

(Cruza la escena, y entra en la sala del consejo. Los dos ministros salen, cada uno por una de las galerías. Oyese al punto un ruido confuso de pasos y de voces en las dos, y varios pelotones de soldados atraviesan de la una á la otra.)

ED. Se acabó: ¡van á pronunciar la sentencia! ¿no os estremecéis?

(Jorge y María acuden por una de las galerías.)

MAR. ¡Ah! Padre mío, aquí está el señor Eduardo.

JORGE. ¡Él es! Señor Eduardo, decidnos por Dios, decidnos...

ED. (*Conmovido.*) Amigos míos, se va á pronunciar la sentencia.

JORGE y MAR. ¡La sentencia!

(Una fila de soldados se coloca en toda la latitud del teatro. Dos grupos de pueblo se agolpan á la entrada de las dos galerías, pero sin entrar, por contenerlos los centinelas.)

DERM. (*Viendo abrirse las puertas de las dos salas.*) Alejémonos.

(Se dirige hacia el fondo.)

*El oficial que manda la tropa. Ya no se puede pasar.*

(Dermod se ve precisado á quedarse; y viendo llegar de repente á Ana é Isabel, se queda en el fondo junto á los soldados, procurando ocultarse.)

DERM. ¡Procuremos evitar las miradas!

MAR. Mi ama...

ED. ¡Ah! (*Ana é Isabel aparecen en la mayor turbación.*)

### ESCENA III

Dichos, ANA, ISABEL

ANA. (*Arrastrando consigo á Isabel.*) Ven, hija mía, ven; que nos encuentre también al paso.

ED. ¡Señora!

JORGE y MAR. (*Besándola las manos.*) ¡Señora, querida señora!...

ED. ¿Dónde vais? ¿Cuál es vuestro designio?

ANA. ¿Sois vos, Eduardo? amigos míos, ¡mi esposo es perdido! Van á condenarle... ¡á condenarle!... No, ¡es imposible!... ¡He aquí sus jueces!... miradlos... ¡Quedaos, quedaos aquí conmigo! Arrojámonos de nuevo á sus plantas... implóremos su justicia.

(Eduardo, Isabel, Jorge y María la arrastran hacia uno de los extremos de la sala. Dermod permanece en el fondo. Los ministros, los jueces salen de la sala del crimen, y se dirigen hacia la puerta de enfrente de la sala del consejo; se detienen en medio de la escena para dejar pasar al lord diputado; los soldados están sobre las armas; el pueblo permanece en el fondo.)

### ESCENA IV

Dichos, el LORD DIPUTADO, JUECES, ASESORES, MINISTROS, etc.

(En el momento en que el lord diputado atraviesa el teatro, Ana é Isabel se precipitan hacia él.)

ANA é ISAB. ¡Deteneos, deteneos! (*Caen á sus pies.*)

JORGE y MAR. (*Prosternándose también.*) Perdón, piedad para nuestro amo!

LORD. ¿Qué hacéis, señora?

ANA. Mi esposo es inocente: ¡lo juramos todos por lo que hay más sagrado en el mundo! En nombre de ese Dios, que os ha de juzgar á vos mismo, ¡no consuméis la injusticia más horrible!... ¡No deis crédito á un impostor, á un monstruo abominable! ¡Ah! No condenéis al más virtuoso de todos los hombres... ¡mi esposo!

ISAB. ¡Mi padre!

JORGE y MAR. ¡Piedad!

LORD. Alzad, señora. (*A los jueces.*) Señores, es la hora del consejo.

ED. (*Pudiendo apenas contenerse.*) ¡Crueles!

(Ana, Isabel, Jorge y María se levantan consternados.)

LORD. Ni las lágrimas ni las amenazas tienen influencia sobre nuestros ánimos: hemos formado nuestra opinión; nada puede cambiarla. Salga absuelto ó condenado, pronto sabréis la suerte de vuestro esposo. (*A uno de su séquito.*) Permito al acusado que espere en esta sala que debe permanecer abierta para su familia. (*A los jueces.*) Señores, vamos.

(Todo el séquito entra en la sala del consejo. Los soldados se forman en pelotones, y el pueblo se retira: el oficial, despachando á los soldados por una y otra galería, da órdenes que indican que se van á poner centinelas en las puertas exteriores. Dermod observa todos estos movimientos deseoso de salir, y mirando con cierto temor á la familia de Dillón. Esta está sumergida en el estupor.)

### ESCENA V

ANA, EDUARDO, DERMOD, ISABEL, JORGE, MARIA

ISAB. ¡Ah! madre mía, no perdamos aún del todo las esperanzas.

(Isabel y Eduardo tratan de llevársela.)

DERM. (Gracias á Dios, ya puedo salir... No puedo soportar su vista por más tiempo.) (*Trata de alejarse.*)

ISAB. Salgamos al encuentro á mi padre.

TODOS. (*Con indignación, reparando en Dermod.*) ¡Dermod!

(Este se ve rodeado por todas partes, y su turbación misma le deja inmóvil.)

ANA. ¡Cielos! Ya le tengo delante de mis ojos.

ED. ¿Cómo? ¿Te atreves á arrostrar las miradas de tus víctimas?

ANA. ¡Maldito calumniador! ¿Vienes á cebarte en la sangre de mi esposo? ¿De qué procede este funesto aborrecimiento? ¿Qué te ha hecho Dillón, ni yo, ni esta hija desgraciada? ¿Te ha vomitado el infierno para exterminar toda mi familia?

DERM. (*Con la mayor turbación.*) Señora...

ANA. ¡Tú eres el único que has acusado al inocente! ¡Tú quien le llevas al suplicio! Sobre tí caerá su sangre; y nuestros gritos, nuestro dolor, nuestras eternas maldiciones te perseguirán hasta dentro del sepulcro.

TODOS. Sí, ¡hasta dentro del sepulcro!

DERM. (*Asustado.*) Dejadme que me aleje.

ED. (*Persiguiéndole.*) No, ¡tú debes esperarlos!

Tu suplicio comienza con el de tu víctima; pero el suyo va á ser el triunfo del justo, al paso que el tuyo no conocerá término jamás. ¡Perseguirán sin cesar los remordimientos vengadores! ¡Llorarás noche y día lágrimas de sangre! Y cuando se cierren tus ojos á la luz, entonces la mano de Dios te entregará á tormentos sin fin, ¡y la maldición celeste resonará todavía en la eternidad!

DERM. (*Huyendo.*) Dejadme, dejadme...

(Dermod huye con el mayor espanto, Dillón, conducido por algunos soldados, aparece en le dintel de la sala del crimen.)

ISAB. ¡Ah! ¡He aquí á mi padre!

JORGE y MAR. ¡Nuestro amo!

(Todos corren á él y le rodean con mil señales de respeto y de cariño. Los soldados se retiran.)

### ESCENA VI

Dichos, DILLÓN

DILLÓN. ¡Cuán dulce es para mí verme de nuevo en medio de mi familia, rodeado de mis hijos!... sí, de mis hijos, ¡porque un amigo como Eduardo, criados como vosotros, no pueden ser extraños para mí! ¡Y tú, querida esposa!... (*A Isabel.*) ¡Tú, único objeto ya de nuestro amor! Llegad. Mientras más próximo considero el momento de nuestra separación, ¡más se acrecienta mi cariño, más placer experimento al estrecharos sobre mi corazón! ¡Lloráis! ¡Ah! Si es cruel, si es horroroso el dejaros, bien conozco que aun debe serlo más para tí... (*A su mujer é hija*), para vosotras, el sobrevivir á nuestra desgracia.

ANA. ¡No, no creas que yo pueda sobrevivir á semejante golpe!

DILLÓN. ¿Qué dices, Ana? ¡y nuestra hija! ¿No es bastante todavía para esa inocente criatura perder en solo un día honor, bienes, padre y esposo? ¡Quédele á lo menos una madre!

JORGE. ¿Y nosotros, señor? Nosotros también la acompañaremos; mi hija y yo serviremos á la señorita hasta exhalar el último aliento.

ED. ¿Cómo, querido amigo, no conocéis ya mi corazón? Si algún día he querido á Isabel, ¡ha sido en este día de aflicción!

DILLÓN. Os creo, querido Eduardo; pero si salgo condenado, la miseria... ¡la infamia!...

ED. ¡La infamia! ¡Nunca recae sino sobre el

crimen, jamás sobre la inocencia! ¿Qué digo? ¡El nombre de Dillón quedará ennoblecido por la desgracia, y yo participaré con orgullo de su mala suerte! Os roban vuestros bienes; ¡enhorabuena! Los míos pertenecen á mi madre; vuestras virtudes serán el patrimonio de vuestra huérfana. En cuanto á mí, yo he protestado de vuestra inocencia, yo la proclamaré sin cesar, aun con riesgo de mi vida. ¡Oh Isabel! Y vos, su cariñosa madre y la mía también, cualquiera que sea el desenlace que se prepara, no recojáis el don que os habíais dignado hacerme! Venid, amiga mía, y mientras que los jurados pronuncian la suerte de nuestro padre, pidámosle que nos una, que confíe á nuestro amor á la más cariñosa de todas las madres, y de hacernos partícipes igualmente de su infortunio, de su ternura, de su bendición paternal.

(Se inclinan los dos á los pies de Dillón.)

DILLÓN. ¡Oh, hijos míos! Quiera Dios atender á mis oraciones, y ¡ojalá que mis padecimientos, ofrecidos con resignación, logren para vosotros la felicidad que tenéis tan merecida! (*Oyense pasos acelerados; acude Mauricio.*)

### ESCENA VII

Dichos, MAURICIO, el OFICIAL

MAUR. (*Al oficial, que le impide el paso.*) Dejadme entrar; repito que soy de la familia. Pardiez, es claro; me llamo Mauricio, y soy el jardinero del novio de la hija del señor reo.

MAR. ¡Ah! Es el pobre Mauricio.

MAUR. Mirad, ahí están todos... preguntádselo si no... Pues está bueno, ¡eh!

ED. Sí, sí; ese muchacho es mi criado: os suplico que le dejéis pasar.

MAUR. ¡Hola! (*El oficial le deja pasar.*)

ED. ¿Qué quieres? ¿Qué traes?

MAUR. ¡Chitón! Señor Dillón, ¡si supieseis lo que pasa en la ciudad!...

TODOS. (*Con impaciencia.*) ¿Qué?

MAUR. (*A Dillón.*) ¡Quieren libertaros!

TODOS. ¡Libertarle!

ANA. Habla, prosigue.

MAUR. La gente rica, comerciantes, y sobre todo los católicos... todos se reúnen... y hablan, hablan...

ED. Sigue.

MAUR. (*A Dillón.*) ¡Y hablan de vos!

ED. ¿Qué dicen?

MAUR. (*Vacilando.*) Que... que os condenarán. (*Movimiento de horror.*) Pero ya hay más de mil reunidos allá bajo, en la plaza; todos los pobres lloran á su bienhechor; trabajadores y artesanos os llaman su padre, su protector... y en fin, están tan decididos á presentarse al lord diputado, y hacerle presente que no debe atropellar el negocio, sino aguardar á tener más pruebas, saliendo ellos garantes de vuestra inocencia con sus bienes, y hasta con sus vidas.

ED. ¿De veras?

ANA. ¡Ah! ¡Querido amigo!...

ED. ¿Dónde, cómo has reunido esas noticias?

MAUR. Toma, en toda la ciudad no se esconden para decirlo; hablan y gritan... y se lo dicen á todo el que lo quiere oír.

ED. ¡Basta!

DILLÓN. ¿Qué decís? ¿Qué vais á hacer?

ED. Voy á unirme á ellos.

DILLÓN. (*Deteniéndole.*) ¡Deteneos! sea injusta, ó sea merecida, ¡toda sentencia dimana de un principio sagrado!

ED. Sois inocente, y sois el padre de mi esposa.

DILLÓN. Deteneos, os digo; yo os prohibo...

ISAB. (*Impeliéndole.*) Eduardo, ¡salvad á mi padre!

ANA. Hijo mío, ¡salva á mi esposo!

DILLÓN. ¡Deteneos!

ANA, ISAB. y JORGE. Corred, volad...

ED. Si el cielo no ha decretado la muerte del inocente, yo os restituiré el objeto de vuestro cariño.

DILLÓN. Deteneos, deteneos...

ANA. (*Conteniéndole.*) ¡Silencio, Roberto, silencio!

ISAB. ¡Querido padre!

JORGE. ¡Amo mío!

(Eduardo se precipita fuera de la sala. Dillón queda en medio de su familia, que le sujeta los brazos.)

MAUR. (*Exaltado.*) Marchó... ¡Santo Dios!

JORGE. (*Corriendo hacia él.*) ¡Prudencia, Mauricio, prudencia!

MAR. No grites de ese modo; todo lo vas á descubrir.

MAUR. No me importa; ya pierdo la paciencia: voy también...!

MAR. Mauricio, ¿dónde vas?

MAUR. No te asustes, no es nada. Voy también á ofrecer mi persona y bienes.

(Se escapa corriendo.)

MAR. (*Detrás de él.*) ¡Mauricio, Mauricio! (*Jorge la detiene.*)

### ESCENA VIII

DILLÓN, ANA, ISABEL, JORGE, MARÍA

DILLÓN. ¿Qué habéis hecho?

JORGE. Mirad á los jurados; ya salen del consejo.

ANA. ¡Santo Dios!

ISAB. Padre mío! (*Todos tiemblan.*)



DILLÓN. Enhorabuena, hija mía, querida Ana: ¿no esperábamos su regreso? Ya está mi sentencia pronunciada y mi suerte decidida, y debo resignarme á la voluntad del Señor.

ANA. Mi sangre se hiela.

JORGE y MAR. Aquí están.

(Abrense las puertas de la sala del consejo, y se colocan varios alguaciles á los lados. Al mismo tiempo se abren las tres grandes vidrieras del fondo de par en par, y dejan ver la plaza llena de gente. Entran soldados por entrambas galerías, y se colocan en el fondo, impidiendo al pueblo la entrada por las vidrieras abiertas. Entonces todo el consejo, los jurados, asesores, etc., salen de la sala del crimen; el lord diputado aparece en medio de ellos. Todo el mundo se coloca con el mayor orden. La música toca en todo este intermedio. El lord diputado llama á su dependiente, y le entrega una orden por escrito, señalándole á Dillón, y encargándole al parecer la mayor actividad. El ministro, sorprendido, echa una mirada de compasión sobre la familia de Dillón, y sale como á pesar suyo. Un oficial se acerca, y recibe también del lord diputado una orden relativa á la tropa, se dirige en consecuencia al fondo de la sala y da varias órdenes; al punto entran por las galerías varios pelotones de soldados, que desfilan por la otra atravesando la plaza pública. Durante estos diversos movimientos crece por momentos la zozobra y el espanto de la familia de Dillón, que lo observa todo con la mayor turbación. Dillón solo aparece sereno.)

LORD. (*Dirigiéndose aparte á los ministros de justicia.*) ¡Y Dermod, el acusador! Buscadle, tengo que hablarle. (*Los ministros salen en busca de Dermod.*)

ESCENA IX

LORD DIPUTADO, DILLÓN, ANA, ISABEL, JORGE, MARÍA, JURADOS, ASESORES, dependientes de justicia, soldados, pueblo, etc.

ANA. (¡Cielos! ¿Qué significan esas órdenes... esas disposiciones?)

LORD. Señora, en nombre de todo el consejo os suplico que os retiréis con vuestra hija. (*Las dos se acercan á Dillón, le miran asustadas.*) ¡Me habéis entendido! Alejaos.

ANA. No, señor, no; mi hija y yo nos quedaremos aquí. ¡Os declaro que no abandonaré á mi esposo! Soy inocente lo mismo que él. ¡Nuestros sentimientos, nuestras acciones son las mismas! ¡Nuestra suerte debe ser común! Si le condenáis, ¡toda su familia le acompañará al suplicio! Ven, hija mía; ¡amparemos con nuestros brazos el cuerpo de tu padre! (*Le abrazan.*) Milord, ¡hémos aquí! Pronunciad la sentencia; ¡un mismo golpe nos acabará á los tres!

(El lord diputado parece conmovido; todos los jurados hacen un gesto de compasión.)

DILLÓN. (*Con energía.*) ¡Y bien, señor!

LORD. ¿Os obstináis en negar el crimen de que sois reo?

DILLÓN. Ningún crimen he cometido; mis manos están tan puras como mi corazón: vos sois el que vais acaso á cometer uno, y muy grande.

LORD. ¿Os obstináis igualmente en callar vuestros cómplices?

DILLÓN. Mal pudiera haber cómplices sin existir delito.

LORD. ¡Es decir, que despreciáis por medio de ese culpable silencio la clemencia del cielo y la indulgencia de los hombres!

DILLÓN. Al contrario, las imploro; el hombre más justo las necesita. Pero, vos, señor, ¡acordaos también de que Dios os ve, y que va á oír vuestra sentencia!

LORD. Oídla.

(Un jurado se acerca y entrega la sentencia al lord diputado, quien la abre lentamente, y como con terror. Dillón espera, con los ojos clavados en el cielo; su mujer y su hija, á su lado, parecen implorar al cielo con fervor. Jorge y María las imitan al parecer en el otro extremo de la sala.)

ANA. (*Con voz apagada.*) ¡Dios mío! Tú sabes que es inocente; sálvale.

LORD. (*Se adelanta algunos pasos, y después de un momento de indecisión lee.*) «El tribunal reunido, habiéndose asegurado de que se ha cometido un asesinato en la persona de Patricio Dillón, sabida la causa, y examinadas las circunstancias de este atentado, que le han sido descubiertas por el testigo Dermod bajo la fe del juramento, y resultando de las otras tres declaraciones que nadie ha podido ejecutar este crimen sino Roberto Dillón; el tribunal, por la mayoría de siete votos contra cinco, condena á dicho Roberto Dillón á la pena capital.»

(Ana, Isabel, María y Jorge exhalan un grito de dolor; aquellas dos se prosternan á los pies de Dillón, besando sus manos, que tienen cogidas, ahogadas por sus sollozos.)

ANA é ISAB. (*Pudiendo apenas hablar.*) ¡Esposo idolatrado! ¡Padre mío!

LORD. (*Más rápidamente.*) «Y teniendo en consideración las amenazas sediciosas de algunos perturbadores, opuestos á la creencia dominante de la Gran Bretaña, el consejo determina, para dar un pronto escarmiento, y evitar cualquier consecuencia desagradable, que el sentenciado sea conducido inmediatamente al suplicio (*Ana é Isabel se levantan, á medida que lee, en el más alto punto de desesperación y de espanto*); y encarga á los magistrados que permanezcan reunidos hasta el momento en que la primer campanada de la torre anuncie la muerte del reo.» (*A dos oficiales.*) Ejecutad las órdenes del tribunal.

(Movimiento general.)

ANA. ¿Conque es cierto? ¡Ah! yo te sigo á la muerte... Nadie podrá arrancarte de mis brazos; el verdugo no se atreverá á herirte sobre mi pecho.

DILLÓN. ¡Santo Dios! Cara esposa, ¿qué haces? ¿Qué es ya de tu valor y de tu resignación? Llegó el momento en que debemos cumplir con los deberes más grandes y más sublimes que ha impuesto á los hombres el Todopoderoso. Sí; ¡mi muerte y tu vida servirán algún día de ejemplo, y esta idea debe llenarnos de un valor sobrenatural! ¡Pensemos en la eternidad para poder soportar las últimas penas de este mundo! Yo te precedo con mi desgraciado hijo.

LORD. Basta de dilaciones: que le lleven al suplicio.

DILLÓN. ¡Ah! Dejadme siquiera que las abrace por la última vez. (*Jorge y María se preci-*

*pitán hacia él y le besan las manos, que el les tiende afectuosamente.)* Adiós... Adiós, amigos míos, hija mía, querida esposa... Dios mío, ampara á mi familia... Prohibo á Eduardo que trate de vengar mi muerte. Perdono á mis enemigos, perdono también á mis jueces: ¡ojalá que los perdone el cielo!... Vamos... Isabel, sostén á tu madre: adiós, adiós.

(Quiere salir mientras que su mujer está casi desmayada en brazos de Isabel.)

ISAB. ¡Madre mía! Ya le llevan... ¡Ah!

ANA. (*Volviendo en sí, y corriendo hacia su esposo.*) ¡Detente! ¡Detente!

DILLÓN. ¡Santo cielo!

ISAB. ¡Padre!

DILLÓN. ¡En nombre del cielo, abreviad mi supplicio!

(Separan por fuerza á Dillón de su familia, y le llevan; se le ve pasar por la plaza por detrás de las ventanas de la sala. Entretanto el lord diputado vuelve á entrar en la sala del consejo, y los soldados se retiran. Jorge ha seguido á su amo. Isabel y María han colocado á Ana en un sillón, ya desmayada. Isabel está á sus pies, y la tiene apoyada en sus rodillas; María, detrás, tiene los ojos cubiertos con el pañuelo ó el delantal. Entonces Dermot, agitado de un secreto terror, aparece en el fondo de la sala, entra y se acerca reparando en el grupo de las tres mujeres, que no le ven; al mismo tiempo un mozo con una carta en la mano se deja ver en la plaza mirando por una de las vidrieras de la sala.)

#### ESCENA X

ANA, ISABEL y MARIA agrupadas en un lado; DERMOND por el opuesto, y poco después y á su lado el MINISTRO que salió antes á buscarle; después el MOZO que entra con aire tímido y como buscando á alguien, y luego JORGE.

MIN. (*A Dermot.*) Esperad. (*Pasa á la sala del consejo.*)

DERM. ¿Qué me querrán? ¡Oh! (*Mirando al grupo.*) ¡He aquí mi obra! Satisfice mi odio... ¡consumé mi venganza! Pero si llegase á saberse...

MOZO. ¡Gracias á Dios que me han dejado entrar! Desde las siete de la mañana ando buscando ocasión de hablar al.. (*Viendo á Ana.*) ¡Ah! ¿Qué veo? ¿No es aquella la pobre señora de Dillón? (*Se enjuga los ojos.*)

DERM. (Salgamos de aquí... ¡Sufro un tormento espantoso!...)

MOZO. (*Tropezando con él.*) ¡Ah! Perdonad... Para serviros, caballero.

DERM. ¿Qué quieres?

MOZO. Nada, señor. Es una carta que traigo para el lord diputado.

DERM. ¡Una carta! (*Lo aparta á un lado con bastante inquietud.*)

ISAB. (*Que sigue ocupada con su madre.*) ¡Ay de mí! ¡No vuelve!

MAR. (*Desconsolada.*) No hay nadie que nos socorra.

DERM. (*Al mozo.*) ¿Una carta para el lord diputado? ¿De quién es?

MOZO. ¡Oh! No miento, no, señor; miradla, esta es. (*Sacándola del bolsillo, y leyendo el sobre.*) «Al señor Fitz Williams... lord diputado en Irlanda, por Su Majestad la Reina de Inglaterra...»

DERM. (*Cogiéndola con desconfianza.*) Cierto. Al señor Fitz Williams... (*El mozo está distraído mirando á Ana.*) (¿Qué es esto? Yo conozco esta letra... sí... es la suya...)

MOZO. ¿Eh? Conocéis...

DERM. ¿A qué hora te han entregado esta carta?

MOZO. ¡Pardiez! Ayer á las ocho, señor. Estaba anocheciendo.

DERM. ¿En qué punto de la ciudad?

MOZO. Señor, cerca de la casa del señor Dillón.

DERM. Pues, amigo, ahora no puedes ver al lord diputado.

MOZO. Lo siento, porque ya me canso...

DERM. No obstante, dentro de un rato debo verle yo mismo; yo me encargo de entregarle esta carta... Pierde cuidado. (*Ana empieza á volver.*)

MOZO. ¿De veras, señor? ¡Eh! Pues si tuvierais la bondad...

DERM. Dentro de muy poco quedará en su poder. Anda con Dios, anda.

MOZO. Muchas gracias, señor. Os suplico que no la olvidéis... (*Mirando á Ana.*) ¡Pobre señora!... ¡Qué lástima de familia! (*A Dermot, que le hace una seña para que se vaya.*) Ya me voy, señor, ya me voy, y tantas gracias. (*Vase.*)

ISAB. ¡Ya respira!... Ya abre los ojos.

MAR. ¡Señora!

ISAB. ¡Madre mía!

DERM. (*Que ha abierto la carta.*) Veamos, veamos. (*Lee bajo.*)

ANA. ¿Donde estoy?

DERM. (*Después de haber leído.*) ¡Cielos! ¡Oh Providencia! ¡Si esta carta se entrega soy perdido! (*Echa á su alrededor miradas de espanto, y empieza á rasgar la carta.*) ¡Aniquilémosla!

UN DEPENDIENTE DE JUSTICIA. (*Sale de la sala del consejo.*) Caballero, el lord diputado

me manda que os lleve inmediatamente á su presencia.

DERM. Ya os sigo. (*Apañuscando la carta y ocultándola en el pecho.*) ¡Que no aparezca nunca!) (*Sigue al ministro, á la sala del consejo.*)

### ESCENA XI

ANA, ISABEL, MARÍA

ANA. (*Levantándose sostenida por su hija y María.*) ¿Qué oscuridad me rodea? ¿Dónde está mi hijo? ¿Dónde está mi esposo? ¿Qué? ¡Ya me han dejado sola!

ISAB. No, madre mía. Aquí estamos contigo.

ANA. (*Mirándolas.*) Sí... ¡eres tú, hija mía! ¿Por qué lloráis? (*Las dos se vuelven para ocultar sus lágrimas; entonces Ana mira á su alrededor, procura coordinar sus ideas; recorre la sala, lee sucesivamente sobre las puertas laterales sus respectivas inscripciones, y reuniendo todas las fuerzas exhala un grito doloroso.*) ¡Ah! Mi esposo va á morir.

(Quiere precipitarse fuera de la sala.)

ISAB. y MAR. ¡Madre mía!... ¡Señora!

ANA. (*Arrastrando consigo á su hija.*) Ven, hija mía, ven. Corramos á morir con él.

MAR. (*Deteniéndola.*) ¡Ah! No salgáis, señora, no salgáis.

(Se oyen pasos precipitados y gritos.)

ANA. ¡Cielos! ¡Qué rumor! ¡Qué tumulto!

ISAB. y MAR. Es Eduardo.

(Este llega y trae consigo al mozo, seguido de una multitud de personas y de Jorge.)

### ESCENA XII

Dichos, EDUARDO, JORGE, EL MOZO, y gente que ocupa el fondo.

TODOS. (*Saliendo al encuentro á Eduardo.*) ¿Y mi esposo? ¿y mi padre? ¿y mi amo?

ED. ¡Ah! Señora, tal vez traigo su justificación; una carta de vuestro hijo.

TODOS. ¿Una carta?

ED. (*Al mozo que tiembla.*) ¿Dónde está ese hombre á quien se la has entregado? ¿Dónde está? ¡Vamos! ¿Dónde está?

MOZO. Señor, ¡por Dios! Yo no sé. Aquí estaba... Aguardad, habrá ido á llevarla al lord diputado.

ED. ¡Ah! Corramos...

(Abrense las puertas y el lord diputado aparece; al verle, todo el mundo da un grito y se detiene.)

### ESCENA XIII

Dichos, LORD DIPUTADO, DERMOD, todos los jurados, etc., y poco después el pueblo y los soldados

LORD. ¿De qué procede ese alboroto? ¿Qué reunión es esta?

(Todos los jurados salen de la sala del consejo y van llenando la escena.)

ED. (*Al mozo, á medida que los jurados van saliendo.*) Míralos bien. ¿Es ese?

MOZO. No, señor.

ED. ¿Y ese?

MOZO. No, señor.

ANA. ¡Yo tiemblo!

ED. Ten cuidado.

MOZO. (*Observándolos á todos.*) Tampoco, no, señor, tampoco. ¡Ah! (*Sale Dermod.*) Ese es, señor, ese es; á ese fué á quien entregué la carta.

TODA LA FAMILIA. ¡Dermod!

LORD. ¿Qué significa eso?

ED. Ese traidor tiene en su poder una carta para vos: según todas las apariencias justifica á Dillón; es de su hijo.

DERM. ¡Yo!

LORD. ¡Una carta!

ED. Mandad que se la quiten, ú os hago responsable de la muerte del inocente.

DERM. Deteneos.

TODOS. Mandadlo, mandadlo.

LORD. Sujetadle. (*Los soldados obedecen; se le registra.*)

ANA. Daos prisa, daos prisa... Mi esposo va á morir.

(Eduardo levanta la carta en alto enseñándola á todo el mundo.)

TODOS. ¡Ahí está!

LORD. Dádmela. (*La abre y lee precipitadamente. Movimiento general á su alrededor.*) «No se culpe á nadie en mi muerte. Dermod me ha conducido al borde del abismo, y voy á quitarme la vida.» (*Volviéndose hacia Dermod.*) ¡Miserable! ¡Perjuero! (*A los soldados.*) Prendedle.

ANA. Salvad á mi esposo.

LORD. ¡Corred, volad!

ED. (*Apoderándose de la carta.*) Dádmela, dádmela; yo seré el primero...

DERM. ¡Soy perdido!

(Eduardo corre agitando la carta en señal de triunfo: todo el mundo se precipita detrás de él. El fondo entero del teatro no presenta más que un grupo inmenso de personas. Al mismo tiempo que Eduardo va á arrojarla fuera de la sala se oye una campanada; todos se detienen. Un tem-

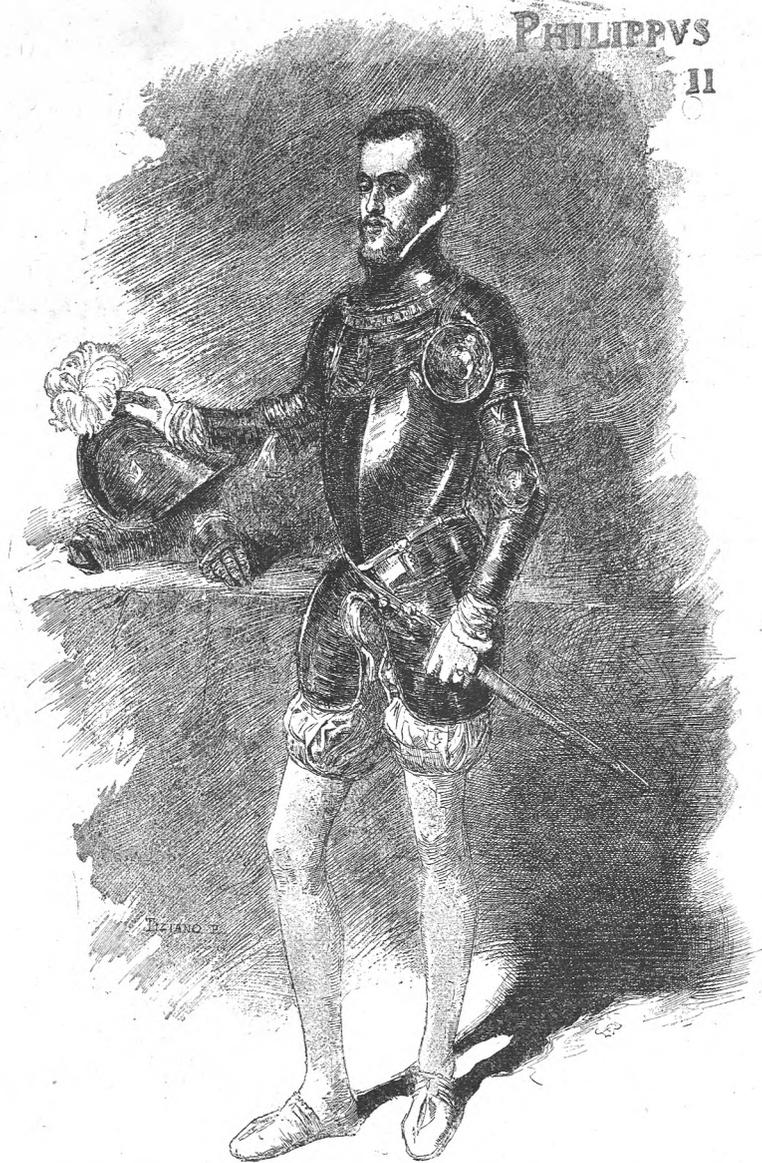
blor general se apodera de todos, y la campana sigue sonando lentamente. A cada campanada todo el grupo retrocede, hasta llegar con la mayor consternación, siempre en la misma forma, al principio de la escena. Allí Ana é Isabel caen de rodillas; el lord diputado se arroja sobre un sillón tapándose la cara, y todos los jurados, agrupados á su alrededor, parecen temer que las paredes se vengan abajo sobre ellos. Dermot se ve rodeado de soldados que vuelven con ademán furioso y rostro indignado las puntas de sus espadas contra él. El pueblo acude y llena la plaza pública.)

ED. (*Todavía con la carta en la mano.*) ¡Ya no hay remedio! ¡El crimen está consumado!

¡El inocente expira! ¡Oís esos ecos lúgubres que resonarán eternamente en vuestras almas? ¡Los siglos venideros los oirán también, y el nombre de Dillón quedará grabado en la historia con caracteres de sangre! (*Dermot derribado por los soldados, cae, una rodilla en tierra, y se ve rodeado de espadas que le amenazan.*) ¡Madre mía! ¡Isabel! Roberto Dillón ha recibido ya la corona de los mártires.

## FIN DEL MELODRAMA





## DON JUAN DE AUSTRIA O LA VOCACION

COMEDIA EN CINCO ACTOS Y EN PROSA

### PERSONAS

FELIPE II  
 Don JUAN  
 Don RODRIGO QUESADA, del Consejo de S. M. Carlos V.  
 Don PEDRO GOMEZ  
 CARLOS V  
 EL PRIOR DEL CONVENTO DE JERONIMOS DE YUSTE  
 FRAY LORENZO

FRAY TIMOTEO  
 PABLO, novicio de quince años  
 RAFAEL  
 DOMINGO } criados de don Rodrigo  
 GINÉS }  
 Doña FLORINDA SANDOVAL  
 DOROTEA, dueña  
 UN UGIER DEL PALACIO  
 Cortesanos, Ugieres, Alguaciles, Frailes, Guardias, etc.

### ACTO PRIMERO

Una librería en casa de don Rodrigo: en los alrededores de Toledo.

### ESCENA PRIMERA

DON RODRIGO, GINÉS con bujías en la mano, DOMINGO  
 ROD. Alumbra, Ginés. Véalos yo después de tres días de ausencia, mis caros libros, mis amigos y mis consejeros... (*Separando las*

*luces que Ginés acerca.*) ¡Eh! no tan cerca; ¿quieres hacer un auto de fe con mi biblioteca? ¡Por Santo Domingo! esos libros son mejores cristianos que tú y que yo. ¿No debo á su intervención la conversión á Dios del mozo más mundano de entrambas Castillas? (¡Pobre don Juan! ¡Sepultar dentro de un hábito tan raras y tan altas prendas! Pero así lo quiso el emperador, mi señor, y nuestro nuevo rey don Felipe ha